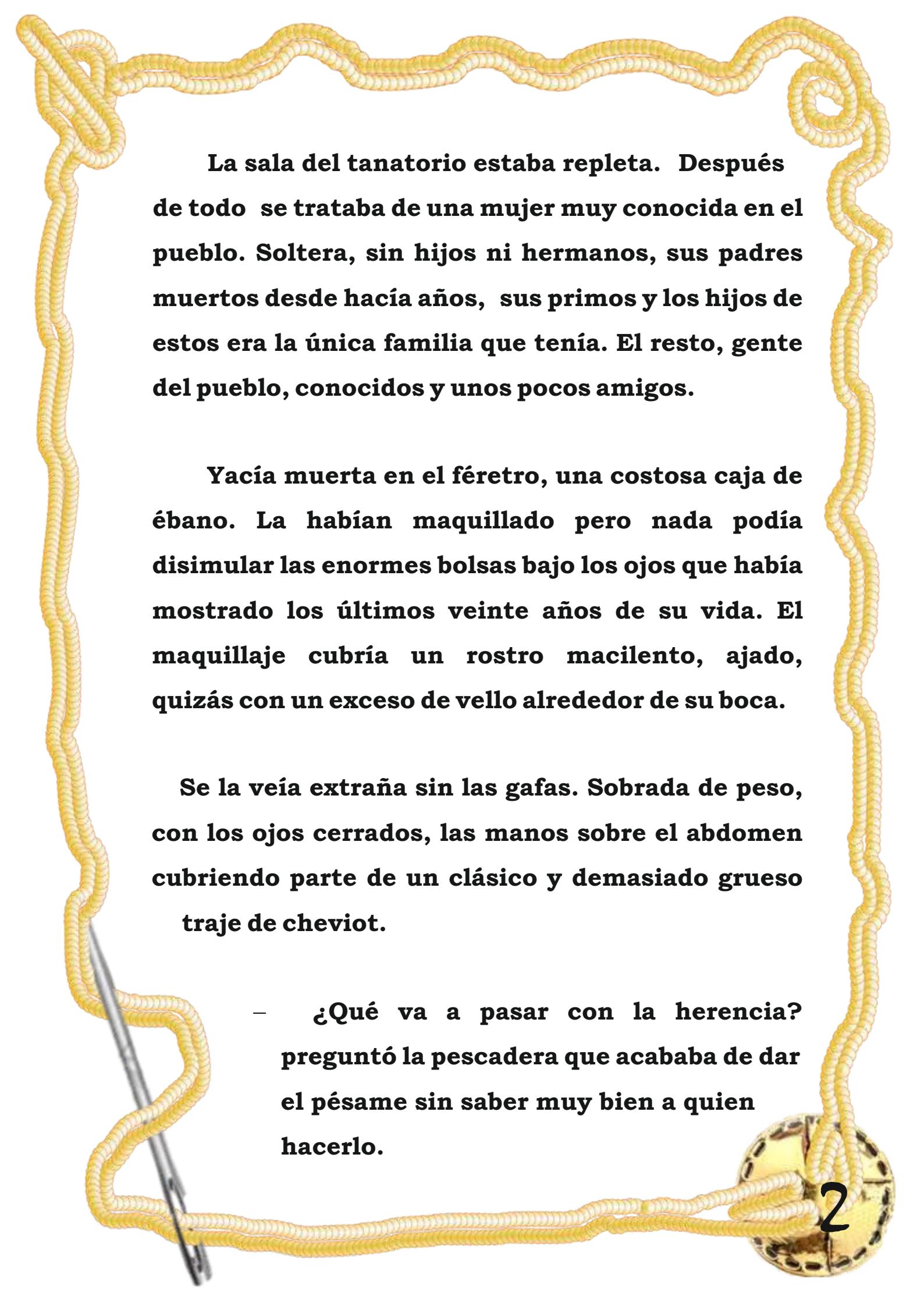


# El Sastre

A surreal illustration featuring a black-robed figure standing behind a dark, ornate safe. The figure's face is obscured by a white mask. A large, ornate golden key hangs from the figure's neck. In front of the safe, a large, lit candle with a long wick stands next to a large, brilliant diamond resting on a spider web. The background is dark and smoky.

Teresa Viedma Jurado





**La sala del tanatorio estaba repleta. Después de todo se trataba de una mujer muy conocida en el pueblo. Soltera, sin hijos ni hermanos, sus padres muertos desde hacía años, sus primos y los hijos de estos era la única familia que tenía. El resto, gente del pueblo, conocidos y unos pocos amigos.**

**Yacía muerta en el féretro, una costosa caja de ébano. La habían maquillado pero nada podía disimular las enormes bolsas bajo los ojos que había mostrado los últimos veinte años de su vida. El maquillaje cubría un rostro macilento, ajado, quizás con un exceso de vello alrededor de su boca.**

**Se la veía extraña sin las gafas. Sobrada de peso, con los ojos cerrados, las manos sobre el abdomen cubriendo parte de un clásico y demasiado grueso traje de cheviot.**

- ¿Qué va a pasar con la herencia? preguntó la pescadera que acababa de dar el pésame sin saber muy bien a quien hacerlo.**

- No lo sé, supongo que será para los primos –contestó una amiga de la difunta.**
- ¿A vosotras, sus únicas amigas, no os ha dejado nada?**
- No, por supuesto que no –contestó la otra.**

**Trece primos, el más joven debía tener unos sesenta años, el mayor, con más de setenta, llevaba una capa negra y se movía inquieto; miraba hacia el féretro cogiéndose el dedo anular de la mano izquierda con la mano derecha. La que parecía ser la esposa se le acercó y le susurró:**

- ¿Has podido abrir la caja?**
- No. Mis putas primos no se han separado de mí. Saben que sé la combinación y no me dejan ni ir a mear solo.**
- Pero tú eres el primo mayor, el jefe de la familia, tienen que respetarte –dijo su mujer con gesto enfadado–. El diamante es tuyo. Era de su padre y tú eres el sobrino mayor, te corresponde.**

**– Entraré en la casa esta noche, mientras están todos aquí, en el tanatorio. Diré que voy a ponerme la insulina; tú te quedarás aquí, pendiente de que no salga ni uno. Mañana irán como buitres a ver al notario para que nos lea el testamento, pero esta noche entraré y cogeré de la caja fuerte las joyas y el dinero que haya en metálico. ¿Qué se han creído todos estos? Mira el dentista, ¡como le hizo un par de empastes se cree que tiene preferencia!.**

**El dentista pareció saber que hablaban de él y se acercó a hablar con su primo, el de la capa, y su mujer.**

### **Sonrisas y besos.**

**– ¿Y Manuela?, ¿no ha venido? –preguntó la mujer.**

- Ahora vendrá. La pobre está fatal.**
- ¿Triste por la muerte de la prima Adela?**

- No, bueno sí, que tiene las cervicales hechas polvo...
- ¡Claro, claro...la pobre!
- ¿A qué hora es el entierro mañana? –el dentista mostró una blanca sonrisa.
- A las diez –contestó el de la capa.
- ¡Uf!, ¿no podría ser antes? Estamos cansados. Hace unos meses la tía y ahora la prima Adela. Por cierto, ¡qué poco ha podido disfrutar la herencia!
- Sí, es cierto, su parte de la herencia solo habrá servido para engrosar su patrimonio, ya bastante grande antes de heredar. La misa será a las diez, el cura no ha querido adelantarla.
- ¿Y el notario?
- En cuanto la metan en el panteón.

**Las amigas reaparecieron. La más rubia llevaba una bandeja con tazas y una jarra de café; la otra, una caja de pasteles.**

**La pescadera, la sacristana, la de la mercería y otras cuantas se acercaron a**

ayudar con los cafés. Los primos, sentados cómodamente, no se sentían en la obligación de atender sino de ser atendidos, y las amigas, al no haber familia directa, se creían obligadas de atender a todo el que llegaba.

- ¿Quién la ha vestido? –preguntó una de las amigas–. No le conocía ese traje.
- Nosotras. Dijeron las de la bandeja del café. Ella nos hizo prometer que la vestiríamos con ese traje, era de su tía, la que murió hace unos meses.
- ¡Madre mía! Pero es muy feo, buen tejido pero de corte muy antiguo.
- Tú verás... la tía murió con noventa y ocho años. El traje llevaba veinte años en el armario.
- ¿Y entonces?, ¿por qué quería ese traje?
- Ya sabéis como era. Fue tosiendo como una loca, con la bronquitis que tenía, a coger la ropa y las joyas de su tía.
- Por lo menos le estaba bien –señaló la farmacéutica.

- ¡Qué va! –la que sujetaba la caja de pasteles estuvo a punto de dejarla caer-. Lo llevó a arreglar al sastre.
- ¿Al sastre? –susurraron las demás.
- ¡Chis! –dijo la rubia que servía el café, con el dedo índice delante de los labios–. Ella lo quiso así y tenemos que respetarla. Todas a callar y a servir el café.

**La tarde dio paso a una noche fría y negra, sin luna. Las nubes cubrían el cielo de un color plomizo. Se abrió la puerta y una chica joven entró cerrando un paraguas.**

- Está nevando –dijo.
- ¿Nevando? –la rubia del café y su amiga la de los pasteles, se asomaron a la puerta a mirar.
- Madre mía, lo que nos faltaba. Toda la noche aquí pasando frío.
- Mi madre os envía este termo con caldo caliente.
- Muchas gracias. Sentémonos –dijo la amiga rubia.

- Tita Juliana –dijo la joven dirigiéndose a la amiga que llevaba los pasteles.
- Dime Lucía.
- ¿A quién debo darle el pésame?, ¿a los primos o a vosotras?
- ¡Quién sabe! –contestó.
- Dáselo al de la capa y a su mujer. Es el primo más viejo y puede también que el más avaro.
- ¡Qué capa tan rara! Parece de otro siglo –dijo Lucía.
- Y lo es, contestó Juliana, ¿verdad Pilar? –preguntó a la rubia que servía el café.
- Era del padre de Adela –contestó esta, reprimiendo una sonrisa. Se la ha puesto para dejar claro que él es el primo más importante, que quería mucho a sus tíos y a su prima y se merece la herencia más que los demás.
- No sabemos qué picará más: si la capa o el traje de la difunta. Al menos ella ya no lo nota pero lo que es él... –sentenció Juliana.

**Lucía se levantó para dar el pésame al primo de la capa pero, en ese momento, vio como salía por la puerta del tanatorio. Se acercó a la esposa.**

- Mi más sentido pésame, Carmen. ¿Su marido ha salido, no?.**
- Gracias, Lucía –la voz se le quebró en un llanto desconsolado-. Era una hermana para mí. Adolfo la quería tanto, se ocupaba tanto de ella... por eso Adela siempre dijo que, para ella, como su primo Adolfo, no había nadie.**
- Claro, claro –dijo Lucía, agradecida de que le hubiera recordado que el de la capa se llamaba Adolfo.**
- Ha ido a ponerse la insulina. Es diabético y estos malos ratos... ¡la quería tanto!**

**Lucía volvió a sentarse con su tía Juliana y el resto de amigas de Adela.**

- ¡Qué frío hace! No para de nevar –dijo la pescadera–. Si lo sé me abrigo más.**

**– Sí –señaló la de la mercería–. La única que va bien abrigada es la muerta.**

**La chica volvió la cabeza hacia el féretro. Un grueso traje de mezclilla de un grosor difícil de imaginar, hacía de mortaja. La chaqueta, de cuello caja, estaba perfectamente abrochada dejando ver los enormes botones dorados. La falda, en la parte delantera, tenía un enorme pliegue y le cubría hasta una cuarta por debajo de las rodillas. A continuación, unas gruesas medias de color carne y unos zapatos negros de tacón cuadrado y puntera redondeada, dejaban ver las suelas perfectamente limpias que se abrían en abanico.**

**– Qué traje tan antiguo –dijo–. Siempre vi a Adela con pantalones.**

**– Sí –Juliana se llevó el café a los labios evitando mostrar una sonrisa–. Es que Adelita quería que le pusiéramos el traje de su tía Beatriz.**

**– Bueno, adonde va, nadie le va a mirar la ropa- dijo la pescadera.**

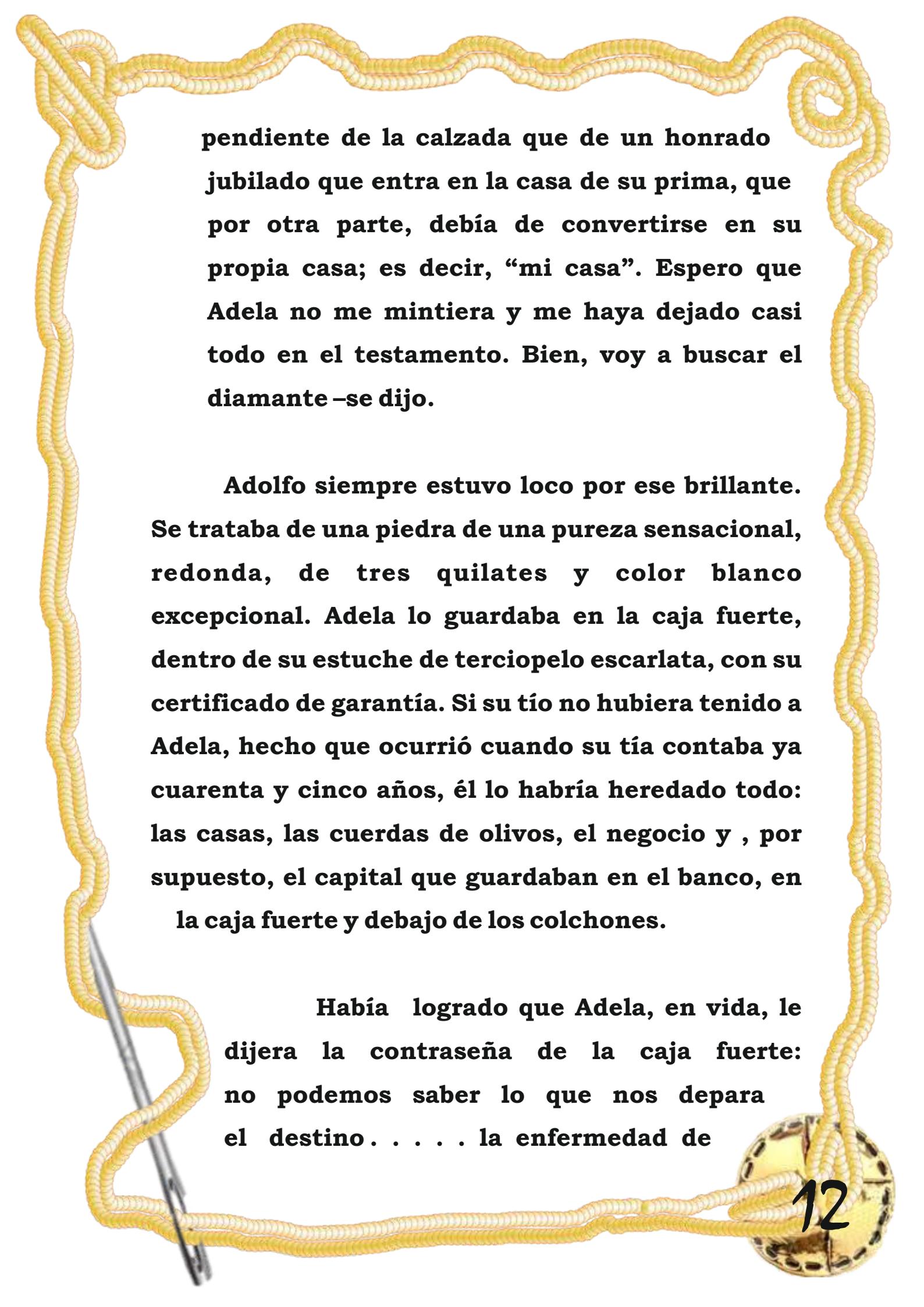
- ¡Qué raro! No ha llegado Irene. La has llamado, ¿verdad, Pilar?
- ¡Claro! Ahora vendrá. Tendrá que dejar al niño con su madre, imagino que vendrá con Alfonso.

Fuera, la nevada era cada vez más intensa. No solía caer así en aquella zona del país. Empezaba a cuajar y la calzada se volvió peligrosa, como una pista de patinaje.

Adolfo, el primo de la capa, avanzaba con dificultad calle arriba. Al llegar a la puerta de Adela miró en todas direcciones y metió con rapidez la llave en la cerradura. Se atascó un poco pero la giró con cuidado y acabó cediendo.

Entró cerrando la puerta tras de sí, justo cuando un vehículo, un todoterreno azul, pasaba junto a la casa.

Uf! , ¿quién sería? No me suena de nada ese coche, no creo que sea del pueblo. En cualquier caso no me habrá visto. Con la capa negra y el día que hace, estaría más



**pendiente de la calzada que de un honrado jubilado que entra en la casa de su prima, que por otra parte, debía de convertirse en su propia casa; es decir, “mi casa”. Espero que Adela no me mintiera y me haya dejado casi todo en el testamento. Bien, voy a buscar el diamante –se dijo.**

**Adolfo siempre estuvo loco por ese brillante. Se trataba de una piedra de una pureza sensacional, redonda, de tres quilates y color blanco excepcional. Adela lo guardaba en la caja fuerte, dentro de su estuche de terciopelo escarlata, con su certificado de garantía. Si su tío no hubiera tenido a Adela, hecho que ocurrió cuando su tía contaba ya cuarenta y cinco años, él lo habría heredado todo: las casas, las cuerdas de olivos, el negocio y , por supuesto, el capital que guardaban en el banco, en la caja fuerte y debajo de los colchones.**

**Había logrado que Adela, en vida, le dijera la contraseña de la caja fuerte: no podemos saber lo que nos depara el destino . . . . la enfermedad de**

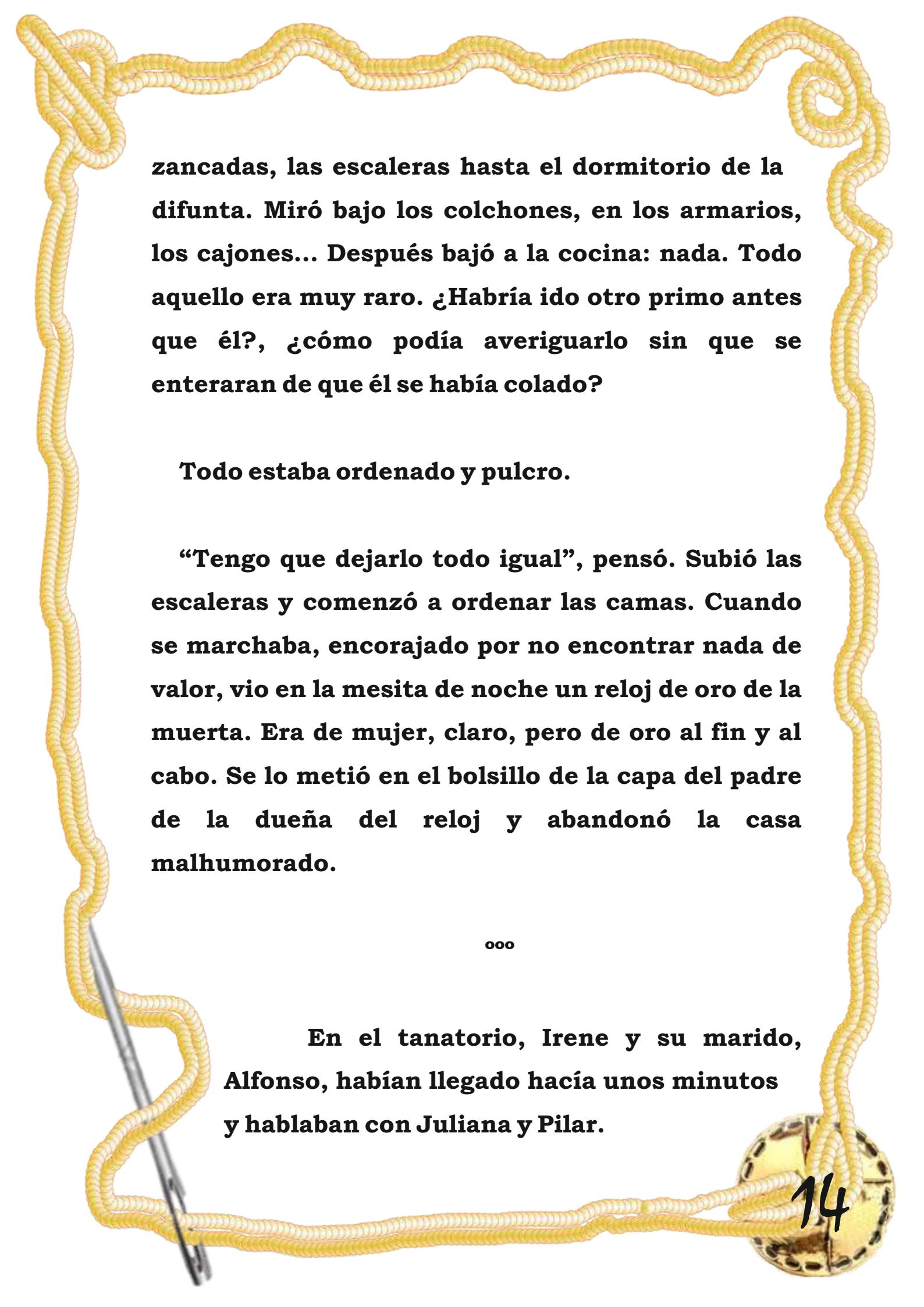
**de Alzheimer por ejemplo, le había dicho. Si te pasara algo, yo cuidaría de que tus últimas voluntades se cumplieran a raja tabla, ¡no lo dudes!.**

**Mientras pensaba en esta conversación, abría la caja fuerte. Ningún problema. Adolfo se echó la capa hacia atrás, sobre los hombros, acercándose para ver con claridad. Por un instante creyó que la glucosa le había jugado una mala pasada y veía borroso: una telaraña cubría buena parte de la misma y nada más. ¡Vacía!.**

**Casi se mete entero dentro. Las posaderas, en pompa, eran lo único que se podía ver desde el exterior, si alguien hubiera estado mirando.**

**– ¡Adela! Espero que no me la hayas jugado! ¡Me cago en el demonio...! –gritó.**

**Se dio cuenta de su error. La casa tenía fuertes y gruesos muros pero la vecina de la izquierda podía oírle. Con dificultad se sacudió el polvo de la capa negra de pura lana virgen con el forro encarnado y subió, en tres**



**zancadas, las escaleras hasta el dormitorio de la difunta. Miró bajo los colchones, en los armarios, los cajones... Después bajó a la cocina: nada. Todo aquello era muy raro. ¿Habría ido otro primo antes que él?, ¿cómo podía averiguarlo sin que se enteraran de que él se había colado?**

**Todo estaba ordenado y pulcro.**

**“Tengo que dejarlo todo igual”, pensó. Subió las escaleras y comenzó a ordenar las camas. Cuando se marchaba, encorajado por no encontrar nada de valor, vio en la mesita de noche un reloj de oro de la muerta. Era de mujer, claro, pero de oro al fin y al cabo. Se lo metió en el bolsillo de la capa del padre de la dueña del reloj y abandonó la casa malhumorado.**

ooo

**En el tanatorio, Irene y su marido, Alfonso, habían llegado hacia unos minutos y hablaban con Juliana y Pilar.**

- ¿Qué haces, Alfonso?, ¿qué miras tanto?
- preguntó Irene.
- Miro a Adela, la pobre...
- Ya, ya, pero ya sabes que no me gusta ver a los difuntos –dijo Irene.
- No la mires. Yo sí lo hago, es un signo de respeto. Adela se portó bien con nosotros y sobre todo con nuestro hijo.
- Es verdad –dijo Irene-. Es solo que prefiero recordarla en vida, como hablaba, como se le iluminaban los ojos cuando la conversación versaba sobre el dinero que ella ganaba, que tenía, que invertía, que guardaba o que heredaba... Ahora, al verla allí, con ese traje tan anticuado...
- Sí, Alfonso tiene razón –dijo Pilar-. Tenía su casa llena de fotos de tu hijo.
- Lo sé, lo sé. Irene la miró con tristeza. Pero, Juliana, ¿qué traje le habéis puesto?, ¿el de la tía centenaria?
- Sí.
- Se nota. ¡Dios, qué traje! Hasta muerta tendrá calor. ¡Buen paño escocés!.

- ¡Sí!.
- Ni la tía lo quiso y Adela se lo pone de mortaja.
- Ella era así. Llamando la atención hasta muerta –dijo Pilar.
- Por cierto, añadió Irene, ¿quién está en su casa?
- ¿Cómo que quién está en su casa? Nadie.
- Pues nadie no puede ser. Yo he visto como alguien entraba en ella hace tan solo veinte minutos.
- ¡No es posible!, ¿quién falta? –dijo Juliana echando una ojeada a su alrededor–. ¿Llevaba capa? –preguntó.
- Sí, me pareció una especie de capa negra...

La puerta se abrió de nuevo y entró Adolfo totalmente cubierto de nieve. No llevaba paraguas.

Carmen, su mujer, corrió hacia él.

- ¡Dios mío, cómo te has puesto!

- **Está cayendo una buena nevada. Veremos si el coche de la funeraria puede salir con el féretro** –contestó.
- **¿Tanto nieva? –Juliana se acercó a ellos tirando discretamente de su amiga Pilar.**
- **Sí, bastante.**
- **¿Habías olvidado la insulina en casa, ¿no?**
- **¿Qué? Ah, sí...**
- **Tómate un café para entrar en calor –dijo Pilar.**

**Adolfo tomó asiento junto a su esposa en el cómodo sofá de piel negra de la sala de velatorios esperando que le sirvieran el café.**

- **Aquí tienes.**
- **Gracias.**

**Pilar y Juliana volvieron con sus amigas.**

- **¿Era él? –preguntaron susurrando casi al oído de Irene.**
- **Creo que sí.**
- **¡El muy sinvergüenza! Estaría buscando algo...**

**— Pues, por la cara que trae, creo que no lo ha encontrado —contestó Irene reprimiendo una carcajada.**

**— Mira quien entra —dijo Juliana.**

**Todas miraron hacia la puerta. Una figura enjuta con un abrigo negro y una toca del mismo color en la cabeza avanzaba hacia ellas.**

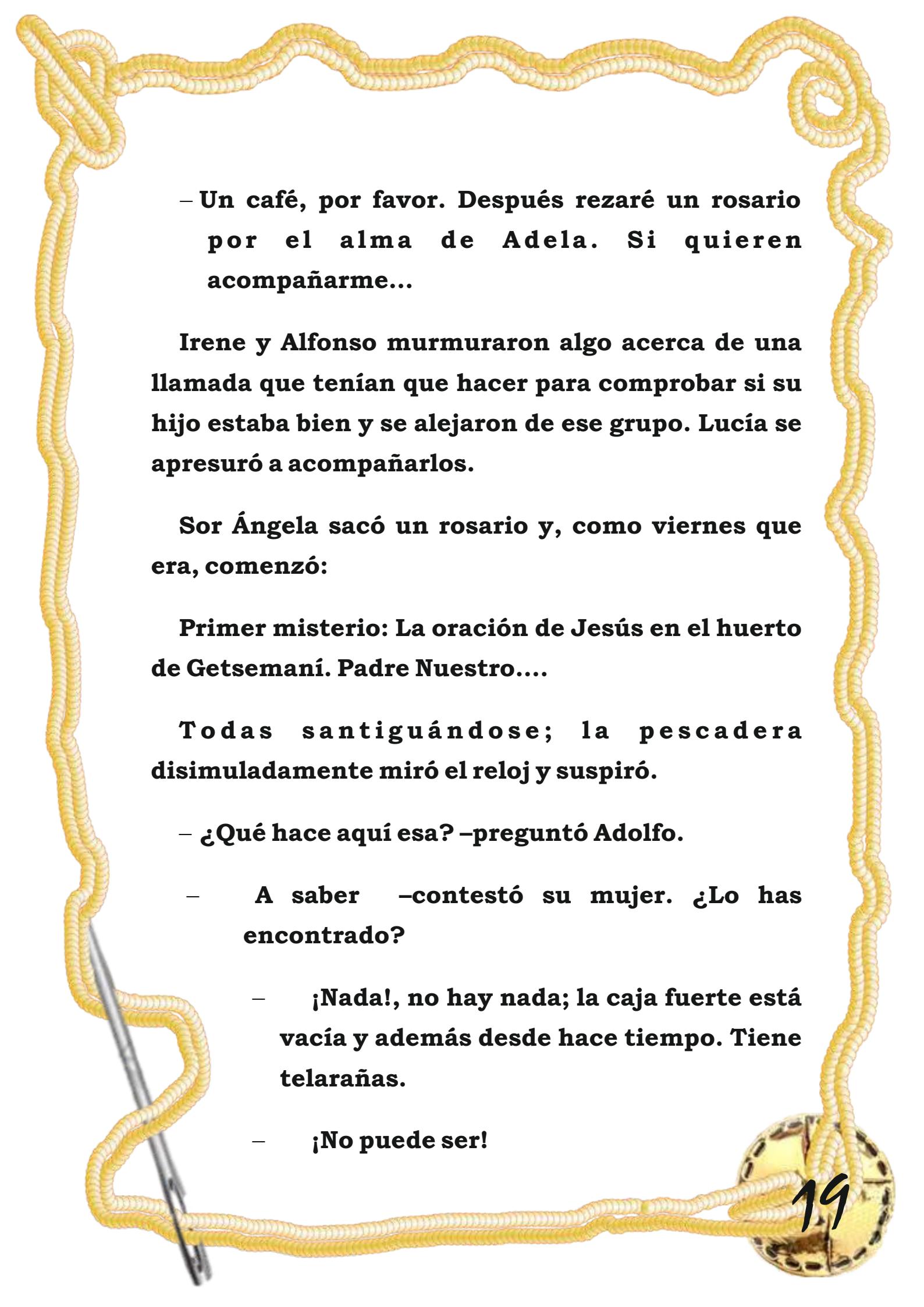
**— ¡Sor Ángela! —Todas acudieron a besarla, excepto Irene que miró a su marido con la curiosidad escrita en su rostro.**

**— El Señor ya la tiene en su gloria —sentenció—. Era una excelente cristiana.**

**— ¡Claro! —murmuraron las amigas—. ¿Quién la ha avisado? No queríamos preocuparla.**

**— No sé... alguien llamó al convento. Habrá sido el párroco, seguramente. Sabe de la devoción de Adela hacia nuestra congregación.**

**— Sí, sí, eso es cierto. Siéntese, le serviremos un café, ¿o prefiere un caldo?.**



**– Un café, por favor. Después rezaré un rosario por el alma de Adela. Si quieren acompañarme...**

**Irene y Alfonso murmuraron algo acerca de una llamada que tenían que hacer para comprobar si su hijo estaba bien y se alejaron de ese grupo. Lucía se apresuró a acompañarlos.**

**Sor Ángela sacó un rosario y, como viernes que era, comenzó:**

**Primer misterio: La oración de Jesús en el huerto de Getsemaní. Padre Nuestro....**

**Todas santiguándose; la pescadera disimuladamente miró el reloj y suspiró.**

- ¿Qué hace aquí esa? –preguntó Adolfo.**
- A saber –contestó su mujer. ¿Lo has encontrado?**
- ¡Nada!, no hay nada; la caja fuerte está vacía y además desde hace tiempo. Tiene telarañas.**
- ¡No puede ser!**

- Lo es. Y no me voy a callar. Ese diamante tiene que ser mío, me corresponde. Soy el primo mayor y el sobrino más amado de mi difunto tío. Llevo su nombre y su capa.**
- Mira quien entra: Manuela, la mujer del dentista, ¡qué desvergüenza!, lleva el visón gris de la tía, el que heredó Adela. ¿Cómo es que lo tiene? No creo que Adela se lo diera en vida.**
- Eso lo voy a averiguar ahora mismo –contestó su marido.**

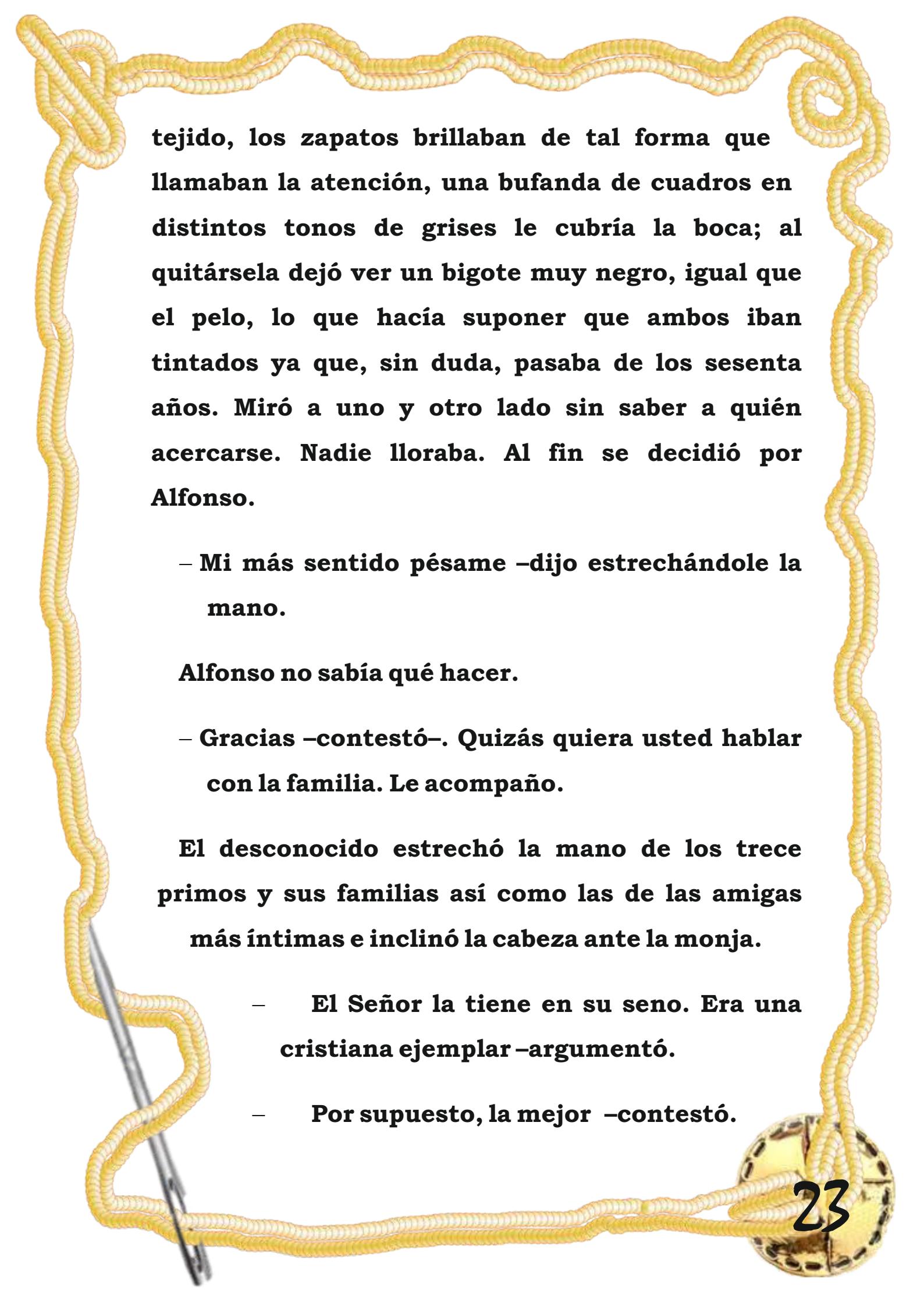
**Manuela besaba a diestro y siniestro a todos los familiares y conocidos del pueblo. Avanzaba entre la gente a duras penas. Era una mujer de constitución delgada y el abrigo debía de pesar casi tanto como ella. Le quedaba ancho de hombros y largo hasta los tobillos. Su marido, el primo dentista, se acercó a ella. Adolfo y Carmen corrieron a su encuentro.**

- Manuela, ¿cómo estás? –dijo amable Carmen.**
- Mal, tengo la espalda hecha un Cristo.**

- ¡Pobrecita! Quizás sea por el peso del visón de la tía, ¿no crees?
- No, qué va, ya me dolía antes de que Adela me lo regalara.
- ¿Sí? –preguntó Adolfo–. ¿Y cuándo fue eso, antes o después de muerta?
- Antes, por supuesto, ¿cómo iba a ser después...?
- Por ejemplo entrando a su casa y cogiéndolo. Estuviste allí, ¿verdad?
- ¡Dios me libre! No. Mi prima Adela me quería muchísimo. Me llamó unos días antes de morirse y me dijo que este visón gris de la tía parecía hecho para mí. Y me lo regaló.
- ¿Hecho para ti? Pero si te sobra medio abrigo...
- Bueno, ya lo llevaré al sastre...
- Quiero pruebas de que es un regalo. Si no las tienes el abrigo irá a reparto, con todo lo demás.
- ¿Pruebas?, ¿qué más pruebas quieres que mi palabra?.

- Una que sirva, tu palabra no cumple ese requisito.
- No consiento que se dude de mi esposa –el dentista intervino todo dignidad.
- ¡Tú a callar, sacamuelas! Esto se va a arreglar –dijo Adolfo.

Era ya muy tarde. Los que tenían menos compromiso se habían marchado a casa, no sin antes preguntar la hora del entierro al que acudirían como Dios manda. Los trece primos con sus cónyuges y las amigas más allegadas: Juliana, Pilar, la de la mercería, la sacristana y la pescadera, tomaron asiento. Irene y Alfonso se estaban despidiendo para marcharse cuando se abrió de nuevo la puerta, una ráfaga de viento helado sacudió la sala y un hombre grueso, de cabello negro aunque con enormes entradas que sugerían una calva incipiente y rostro pálido como la muerte, hizo su aparición. Vestía un abrigo gris que le quedaba clavado de espalda, bien terminado y de buen



**tejido, los zapatos brillaban de tal forma que llamaban la atención, una bufanda de cuadros en distintos tonos de grises le cubría la boca; al quitársela dejó ver un bigote muy negro, igual que el pelo, lo que hacía suponer que ambos iban tintados ya que, sin duda, pasaba de los sesenta años. Miró a uno y otro lado sin saber a quién acercarse. Nadie lloraba. Al fin se decidió por Alfonso.**

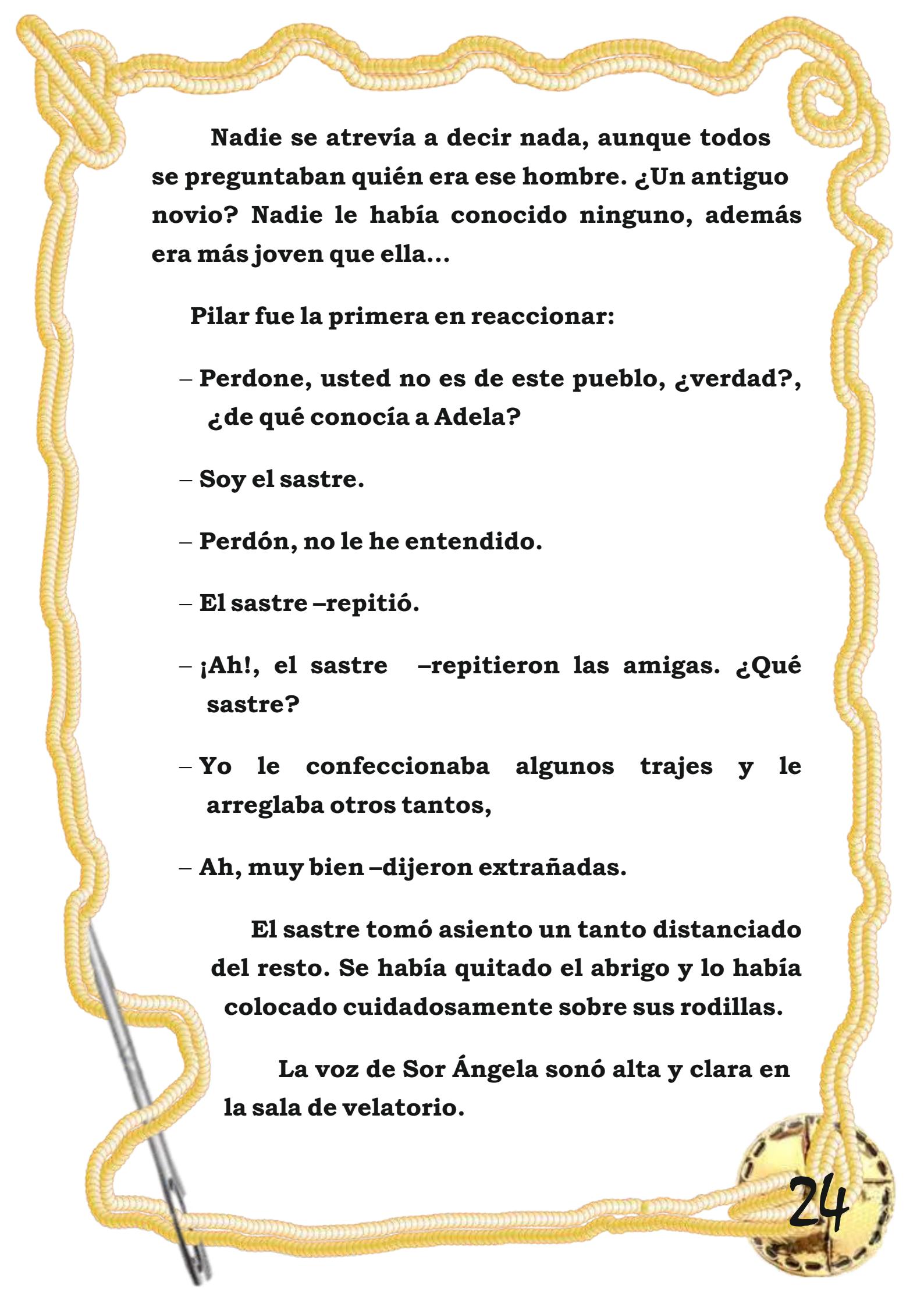
**– Mi más sentido pésame –dijo estrechándole la mano.**

**Alfonso no sabía qué hacer.**

**– Gracias –contestó–. Quizás quiera usted hablar con la familia. Le acompañó.**

**El desconocido estrechó la mano de los trece primos y sus familias así como las de las amigas más íntimas e inclinó la cabeza ante la monja.**

- El Señor la tiene en su seno. Era una cristiana ejemplar –argumentó.**
- Por supuesto, la mejor –contestó.**



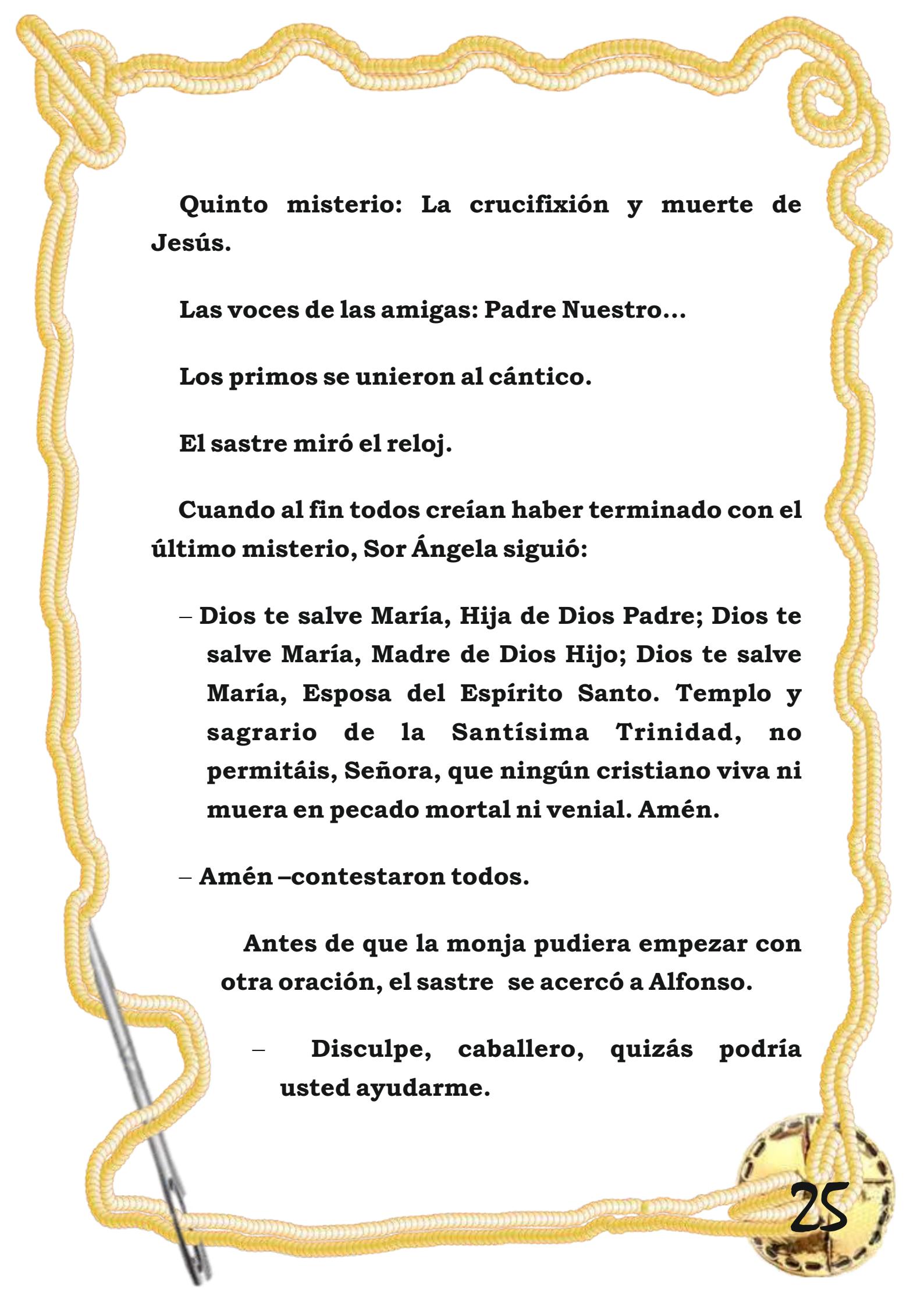
**Nadie se atrevía a decir nada, aunque todos se preguntaban quién era ese hombre. ¿Un antiguo novio? Nadie le había conocido ninguno, además era más joven que ella...**

**Pilar fue la primera en reaccionar:**

- Perdone, usted no es de este pueblo, ¿verdad?, ¿de qué conocía a Adela?**
- Soy el sastre.**
- Perdón, no le he entendido.**
- El sastre –repitió.**
- ¡Ah!, el sastre –repitieron las amigas. ¿Qué sastre?**
- Yo le confeccionaba algunos trajes y le arreglaba otros tantos,**
- Ah, muy bien –dijeron extrañadas.**

**El sastre tomó asiento un tanto distanciado del resto. Se había quitado el abrigo y lo había colocado cuidadosamente sobre sus rodillas.**

**La voz de Sor Ángela sonó alta y clara en la sala de velatorio.**



## **Quinto misterio: La crucifixión y muerte de Jesús.**

**Las voces de las amigas: Padre Nuestro...**

**Los primos se unieron al cántico.**

**El sastre miró el reloj.**

**Cuando al fin todos creían haber terminado con el último misterio, Sor Ángela siguió:**

- Dios te salve María, Hija de Dios Padre; Dios te salve María, Madre de Dios Hijo; Dios te salve María, Esposa del Espírito Santo. Templo y sagrario de la Santísima Trinidad, no permitáis, Señora, que ningún cristiano viva ni muera en pecado mortal ni venial. Amén.**
- Amén –contestaron todos.**

**Antes de que la monja pudiera empezar con otra oración, el sastre se acercó a Alfonso.**

- Disculpe, caballero, quizás podría usted ayudarme.**

- Dígame.**
- Verá, yo vengo a cobrar una factura.**
- ¿Cómo dice?**
- Una factura.**
- ¿Una factura de qué?, quiero decir, ¿a quién quiere cobrarle una factura?**
- A la difunta. Quedó en venir hoy a mi taller a pagarme. Al no hacerlo la he llamado y la criada me ha dicho que había fallecido. No conozco a ningún familiar por lo que, además de presentar mis condolencias, he traído la factura con el fin de saber quien se hará cargo.**
- No sé qué decirle. Quizás las amigas le puedan asesorar mejor.**

**Pilar y Juliana se acercaron:**

- ¿De qué se trata?**
- Quería saber quién se hará cargo de la factura.**
- ¿La factura de qué?.**

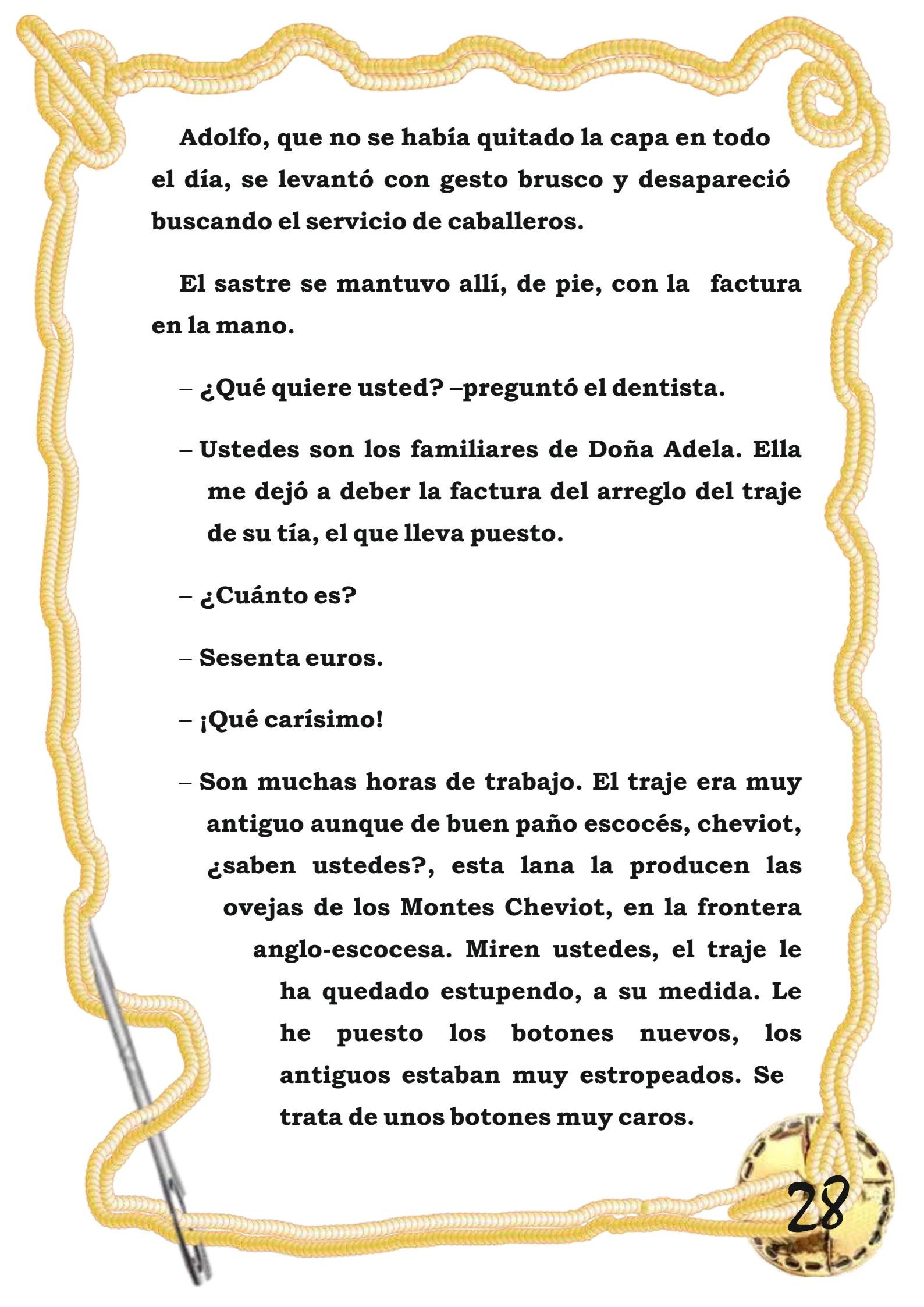
- Del arreglo del traje. Llevó muchas horas de trabajo. Si no es ahora, después será mucho más difícil...
- Hable usted con los primos, el de la capa es el que manda –dijo Pilar.

Irene se quitó el abrigo que acababa de ponerse.

- Alfonso, de aquí no me voy hasta no ver qué pasa con el sastre. Esto promete.

Las amigas murmuraban. La monja guardó el rosario y se levantó a ver a la muerta.

- Perdone, ¿puedo hablar con usted un momento? –el sastre se dirigió a Adolfo.
- Disculpe, tengo que ponerme la insulina –contestó.
- ¿No te la habías puesto antes, cuando fuiste a casa de Adela? –preguntó Juliana con cara de inocente.
- ¿A casa de Adela? –gritaron los demás primos.



**Adolfo, que no se había quitado la capa en todo el día, se levantó con gesto brusco y desapareció buscando el servicio de caballeros.**

**El sastre se mantuvo allí, de pie, con la factura en la mano.**

- ¿Qué quiere usted? –preguntó el dentista.**
- Ustedes son los familiares de Doña Adela. Ella me dejó a deber la factura del arreglo del traje de su tía, el que lleva puesto.**
- ¿Cuánto es?**
- Sesenta euros.**
- ¡Qué carísimo!**
- Son muchas horas de trabajo. El traje era muy antiguo aunque de buen paño escocés, cheviot, ¿saben ustedes?, esta lana la producen las ovejas de los Montes Cheviot, en la frontera anglo-escocesa. Miren ustedes, el traje le ha quedado estupendo, a su medida. Le he puesto los botones nuevos, los antiguos estaban muy estropeados. Se trata de unos botones muy caros.**

- Mire usted, señor sastre, no sabemos quién va a heredar, quizás sus amigas puedan pagarle, seguro que alguna de ellas manejaba su dinero más que nosotros.
- ¿Nosotras? –gritó Pilar–. Eso sí que no, no te consiento que pongas en duda nuestra honestidad. Sus amigas somos las que la hemos cuidado, pero jamás hemos tocado ni un céntimo de ella. Eso, vosotros, que os coláis a escondidas en su casa a robar cuando su cuerpo aún está caliente.
- No te consiento que hables así –dijo Carmen, la mujer del primo de la capa.
- Digo lo que tengo que decir, porque es todo verdad. No tenéis vergüenza, vais de muerto en muerto sacándole las entrañas. ¿Qué creéis, que no os llegará la hora? Y usted, señor sastre, tenga la decencia de irse por donde ha venido.

**El de la capa volvió junto a su mujer.**

– Espere usted, sastre. Íbamos a esperar a mañana, después del entierro, para leer el testamento, pero esto hay que arreglarlo antes. He llamado al abogado de mi prima, estaba durmiendo, es muy tarde y sigue nevando, no ha querido decirme nada por teléfono pero me ha prometido venir en cuanto amanezca y aclararnos los términos del testamento.

**Sor Ángela se sentó de nuevo.**

– Discúlpenos, es vergonzoso como se pelean por la herencia de Adela –dijo Pilar.

– Eso es un comportamiento muy poco cristiano pero ya se sabe que los humanos no estamos libres de las tentaciones del pecado –contestó la monja.

**Una de las primas que no había abierto la boca, creyó conveniente sollozar un poco.**

– ¡Pobre Adela! ¡La queríamos tanto!

**El sastre al oírla, creyó conveniente ofrecerle la posibilidad de que abonara la factura; ella dejó de llorar al instante.**

– Por favor, señor, que Adela está de cuerpo presente.

**Sor Ángela sacó de nuevo el rosario del bolsillo del hábito negro.**

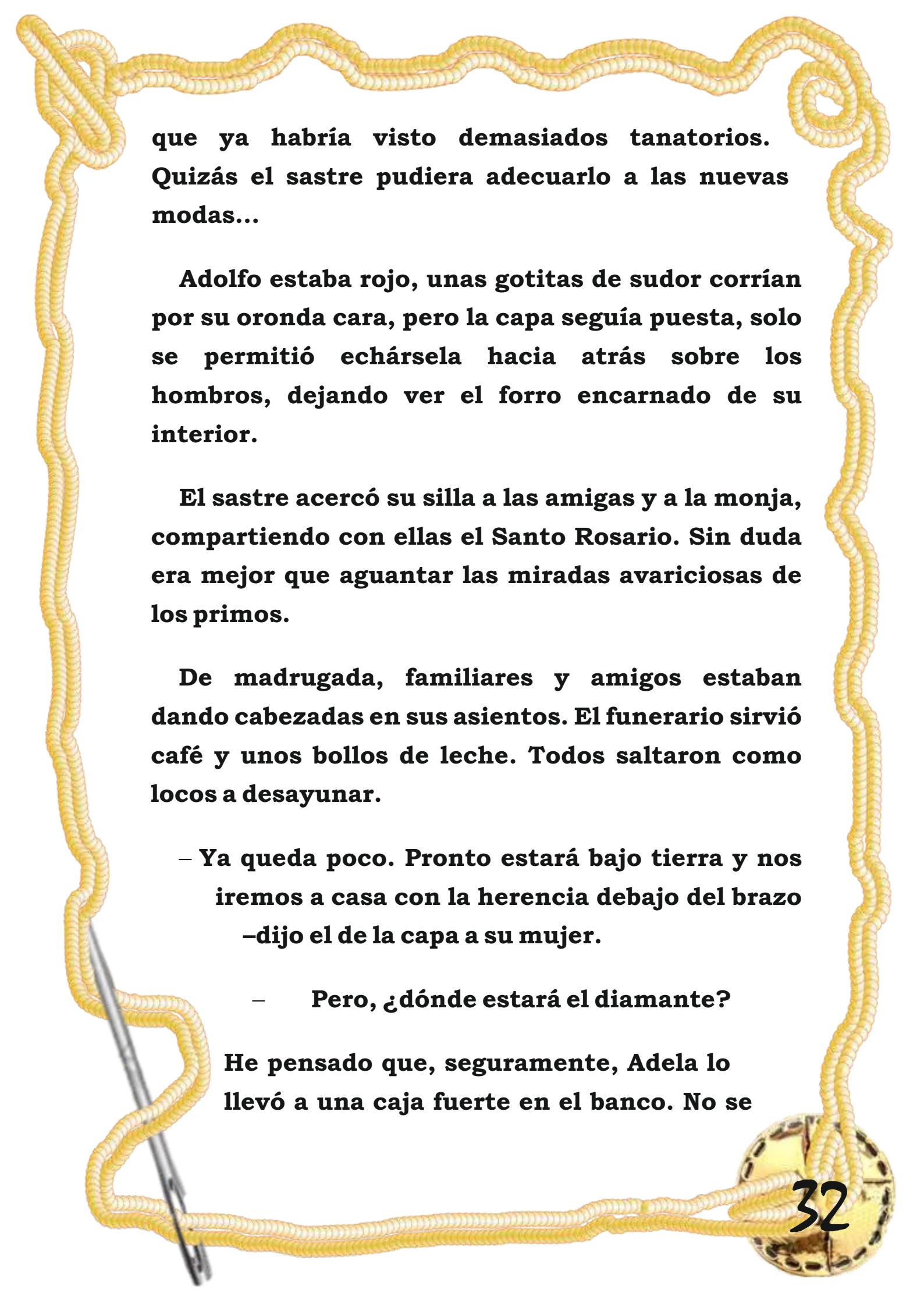
– Ya es sábado, Misterios Gozosos. Primer Misterio: la encarnación del Hijo de Dios. Padre Nuestro...

**Todos tomaron asiento resignados.**

– Solo nos faltaba la monja... –susurró el de la capa.

– ¡Calla, que es de Iglesia! –contestó su mujer.

Hacía calor en la sala de velatorio. La temperatura de la calefacción estaba muy alta para contrarrestar el frío del exterior. La prima del visón, Manuela, tuvo por fin que quitarse el abrigo dejando ver un cuerpo escuchimizado cubierto por un vestido negro pasado de moda



**que ya habría visto demasiados tanatorios.  
Quizás el sastre pudiera adecuarlo a las nuevas  
modas...**

**Adolfo estaba rojo, unas gotitas de sudor corrían por su oronda cara, pero la capa seguía puesta, solo se permitió echársela hacia atrás sobre los hombros, dejando ver el forro encarnado de su interior.**

**El sastre acercó su silla a las amigas y a la monja, compartiendo con ellas el Santo Rosario. Sin duda era mejor que aguantar las miradas avariciosas de los primos.**

**De madrugada, familiares y amigos estaban dando cabezadas en sus asientos. El funerario sirvió café y unos bollos de leche. Todos saltaron como locos a desayunar.**

**– Ya queda poco. Pronto estará bajo tierra y nos iremos a casa con la herencia debajo del brazo**  
**–dijo el de la capa a su mujer.**

**– Pero, ¿dónde estará el diamante?**

**He pensado que, seguramente, Adela lo llevó a una caja fuerte en el banco. No se**

**faría de todos estos buitres. Si no es porque soy un buen cristiano y un honrado ciudadano, no habría entrado en su casa anoche y ahora no sabríamos que hay ladrones entre la familia: ¡la señora dentista, con el visón de mi tía!**

**Se abrió la puerta y entró Don Cosme, el abogado, con su maletín de cuero marrón. Saludó a los familiares.**

- Como Primo de más edad y supongo que principal benefactor de la herencia, creo que hablo en nombre de todos para preguntar por el contenido del testamento...**
- ¿Cómo que principal benefactor? –el dentista estaba rojo de rabia.**
- Eso, ¿qué significa principal benefactor? –añadieron los demás.**

**Naturalmente que he de serlo. Todos vosotros sois unos ladrones. A ver si no,**

**dónde está el diamante, o me vais a decir que  
os lo dio igual que el visón...**

- Bueno, bueno, cálmense, no discutan. Su prima  
no ha favorecido a ningún primo más que a otro**
  - el abogado dejó a todos sin palabras.**
- ¿No?**
- No, hace unos meses, después de la muerte de la  
tía Beatriz, Adela me llamó y redactó un nuevo  
testamento. Lo deja todo, absolutamente todo  
a la congregación de Sor Ángela, aquí presente.  
El diamante ya está en su poder, se lo donó en  
vida para adornar el manto de la Virgen. La  
casa, las cuerdas de olivos y todas las demás  
propiedades así como el dinero, las joyas y todo  
el ajuar pasa a ser propiedad de la congregación  
de Sor Ángela.**

**La monja mantuvo la frente alta y la mirada  
fija en el visón gris de la mujer del dentista.**

- Era una buena cristiana. Jesús la tiene  
en su seno.**

– Amén –contestaron las amigas.

**El funerario entró.**

– Si quieren ver por última vez a la difunta, vamos a cerrar la caja.

– Unos minutos, por favor –dijo el sastre.

**Se acercó a Sor Ángela.**

– ¿Corresponde a su congregación abonar la factura de Doña Adela?

– Sí, caballero, es lo justo. Y Jesús desde el cielo le agradece el gesto.

– ¿Qué gesto?

– No nos ha dado ninguna limosna, pero los sesenta euros que le debe Doña Adela, los utilizaremos para ayudar a los pobres. El Señor lo bendiga.

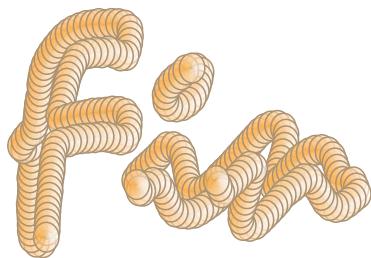
– Amén –dijo el sastre.

**Se acercó a la caja, el funerario esperaba paciente. Sacó unas tijeras de costura del bolsillo de su abrigo, cortó el hilo que sujetaba los botones dorados al traje, se dio media vuelta y desapareció.**

- ¿Qué hacemos?, ¿vamos al entierro? Tú dirás, eres el jefe de la familia, el mayor de los primos –dijo el dentista al de la capa.
- Naturalmente. Impugnaremos el testamento.

Irene miró por última vez a Adela. Una mujer con tanto dinero y, sin embargo, con las manos vacías: sin hijos, sin amor, sin lágrimas en los ojos de casi nadie. Un traje de cheviot de una tía centenaria era todo cuanto se llevaba al más allá y encima, sin botones.

Cerraron la caja y Adela se fue, igual que había hecho su sastre.



TERESA VIEDMA JURADO